

colegios y el de la provincia quedaron detenidos para dar cuenta de su administración, y entregar al Ministro el estado de todos los créditos activos y pasivos, de los capitales y de las propiedades que pertenecían á cada casa.

A los que habían de ir al destierro, el Procurador Real les intimó á media noche la orden de dirigirse á la puerta, y en seguida se colocaron en los carruajes ya preparados; y escoltados de muchos soldados á caballo, fueron conducidos á Pouzzoles y encerrados en el convento de religiosos carmelitas, que ya estaba rodeado de soldados.

A la misma ciudad de Pouzzoles, y al mismo convento, llegaron todos los Padres de los colegios de Nola, Salerno, Castellamare, Massa, los de la residencia de Portici y de los demás lugares vecinos de Nápoles. Los Padres del colegio de Capua fueron conducidos portierra con la fuerza armada hasta la frontera del reino y dejados en Portella.

A los de la Pulla los llevaron del mismo modo á Frosinone; á los de Aquila y de Atri, á Rieti; y, finalmente, á todos los

de Calabria á Messina, de donde, reunidos á los Padres sicilianos, pasaron por mar á Terracina.

Pero volvamos á los Padres que dejamos en Pouzzoles. El Comisario encargado de custodiarlos durante su permanencia en dicha ciudad, considerando que si los escolares y coadjutores estuviesen con los Padres éstos podrían seducirlos (como él decía), confirmándolos en su vocación, tomó el partido de separarlos, y dejando á los Padres en el convento de los Carmelitas, mandó que los demás pasasen á una gran casa llamada *La Malva*.

Difícil es referir por menudo lo que los Padres tuvieron que sufrir en los cuatro días de su encerramiento en Pouzzoles. Bastará decir que los oficiales y soldados que los custodiaban día y noche vertían lágrimas de compasión, y decían muchas veces que Nuestro Señor y Supremo Juez habrá de vengar un día las injusticias cometidas en sus Ministros.

Y verdaderamente era un espectáculo digno de lástima el ver á más de doscientos Sacerdotes distinguidos por su naci-

miento, su piedad, su saber, sus servicios y buenas obras, amontonados en un estrecho corredor, custodiados de vista como unos foragidos, obligados á tenerse de pie todo el día por no tener ni siquiera una silla para su descanso, y por la noche forzados á dormir sobre el duro suelo.

Se les daba un poco de comida al medio día y á la noche, á excepción del último día, en que se suprimió la cena á pretexto de una pronta marcha, que no tuvo lugar hasta el día siguiente, y lo que se les servía era capaz de quitar la gana de comer por ser un alimento malo y peor condimentado.

Añádase á esto la falta de mesa y de cubiertos, teniendo que comer de pie y con las manos lo que les llevaban unos mal criados, cuyo principal cuidado era quitar una parte de las escasas porciones.

Apenas llegaron los jesuitas á Pouzzoles, un Padre pidió al comisario permiso para celebrar la Misa aquel día, que era la Presentación de la Santísima Virgen, en la iglesia del convento, y el comisario

le respondió que se trataba de otra cosa que de decir Misa.

Otro pidió licencia para bajar á la iglesia y adorar al Santísimo Sacramento, y le fué también negada, diciendo que se podía adorar á Dios en todas partes. Aun hubo grandes dificultades para que el segundo día, que era domingo, lograsen asistir á la Misa celebrada por un carmelita, y siempre custodiados por soldados.

Al cabo de cuatro días que los Padres pasaron en Pouzzoles de este modo miserable, á las seis de la tarde, estando rezando el Rosario de rodillas en el corredor, se presentó el comisario á notificarles que estuviesen prontos á partir aquel mismo día á la primera señal, les leyó de nuevo el decreto de destierro de parte del Rey, y entregó á cada uno seis ducados para los gastos del viaje y á cuenta de la pensión del primer año, y se retiró sin proveerles de cena, como se ha dicho.

Hacia las diez de la noche fueron conducidos por los soldados á la playa, y á la misma hora llegaron los hermanos coadjutores, que habían estado detenidos en la

casa *Málva*. En esta casa quedaron los jóvenes escolares por orden de la Corte, con el objeto de emplear con ellos todos los medios de seducción para que renunciasen al destierro y volvieresen al seno de sus familias.

Los jesuítas permanecieron en la playa por espacio de más de tres horas, expuestos á la violencia de un aire glacial, y finalmente, el 26 de Noviembre (1767), al rayar el día, empezó el embarque entre una multitud que acudió á este espectáculo derramando lágrimas. Apenas se hicieron á la vela, los Padres más jóvenes, reunidos en la popa, se pusieron á cantar la *Letanía de la Santísima Virgen*, el *Magnificat* y otros cánticos, cuyo sonido llegaba á la gente que estaba en la ribera, la cual se admiraba de ver á tantos religiosos encaminarse al destierro con la alegría que en el mundo se muestra en un viaje de recreo.

Por espacio de dos días navegaron tranquilamente, sin que ninguno de ellos supiese el término de su viaje ni el lugar de su destierro, cuando en la mañana del

28 de Noviembre se encontraron en Terracina, y los Padres recibieron del comandante la orden de desembarcar.

Los marineros, que temían perder el viento favorable para su regreso, se apresuraron para el desembarque de los jesuítas, y dejándolos en la playa con sus pequeños paquetes, sin perder tiempo volvieron á Nápoles á llevar al Marqués de Tanucci la buena nueva que esperaba con impaciencia, esto es, que la expedición se terminó felizmente y que ya el reino estaría en adelante libre de jesuítas.

El Sumo Pontífice, justamente indignado de este nuevo insulto, disponiendo de su territorio sin su anuencia, reclamó contra él y contra medida tan tiránica; pero todo fué inútil, porque en los hombres apasionados que perseguían á la Compañía y se burlaban de la Santa Sede, no tenían entrada ni la razón ni la justicia.

Al fin Clemente XIII, cuyas admirables virtudes merecen eterna memoria, como eterna le será también la gratitud de toda la Compañía, de la que se mostró verdadero padre, mandó colocar á los des-

terrados en diferentes villas de la provincia de la *Campagna* ó *Marítima*, enviándoles un socorro para los gastos del viaje.

Mientras que los Padres se hallaban desvalidos en la playa de Terracina, vieron venir hacia ellos al comisario de la villa acompañado de gran número de personas notables. El comisario, después de abrazar á los Padres con las mayores muestras de respeto y compasión, les procuró un refugio provisional; los alojó lo menos mal que pudo, ya en el hospital, ya en los almacenes próximos al mar, ya en las casas de los notables, que los acogieron con grandes demostraciones de estima y afecto.

A los pocos días de estar los jesuitas en Terracina, impensadamente vieron llegar de Nápoles y de todo el reino la mayor parte de los Padres ancianos y enfermos, que habían sido detenidos con los Procuradores al tiempo de la expulsión. Muchos de estos recién llegados vivieron poco tiempo en el destierro, pues aumentándose sus dolencias por las fatigas del viaje, pasaron pronto á mejor vida.

Entretanto los jóvenes que habían quedado en Pouzzoles se vieron expuestos á todas las tentativas y estratagemas puestas por obra por el comisario D. Fernando de Leone para reducirlos á mudar de resolución y renunciar á seguir á los desterrados.

Empezó por medios de dulzura, tratándolos suntuosamente en la comida y permitiéndoles ver á todas las personas que quisiesen; pero cuando conoció que sus contemplaciones no tenían el resultado que apetecía, cambió de estilo y mostró su irritación.

Desde luego les redujo el alimento á lo estrictamente necesario, y llegó hasta suprimirlo durante *veinticuatro* horas; pero aquellos jóvenes religiosos, fortificados con la meditación y las oraciones que dirigían juntos á la Santísima Virgen y á su Padre San Ignacio, mostraban cada día más valor.

Viendo D. Fernando frustradas estas tentativas, trató de seducirlos por los sofismas, y al efecto hizo venir de Nápoles ciertos religiosos y sacerdotes, los cuales

tuvieron el encargo de probar á los jóvenes jesuítas y hacerles ver que no sólo podían, sin sombra de pecado venial, renunciar á su vocación, sino que cometerían un enorme pecado si en las circunstancias presentes perseverasen en su resolución.

Estos dignos teólogos de Satanás cumplieron por su parte el encargo con gran celo; pero muy pronto se vieron confundidos y obligados á retirarse vergonzosamente por la constancia de aquellos jóvenes.

Don Fernando comenzó á desesperar de la victoria, cuando se acordó de aquellas palabras: *Divide et impera*, y tomó el partido de separar á las víctimas para seducirlas más fácilmente.

Llamándolos, pues, uno tras otro, dijo á cada uno: «Y bien, ¿no sabes que tu Orden ha sido abolida de derecho? Y además es bueno que sepas que el Provincial, el Superior de la casa profesa, el Rector del Colegio con los Padres más graves, han renunciado á su hábito y vuelto á sus familias; en fin, todos tus compañeros han seguido su ejemplo, y ya no queda sino tú. ¿Rehusarás hacer lo que tantos otros más

capaces, más sabios y virtuosos que tú han hecho? Ultimamente, es preciso que sepas que si no te avienes á la razón el Rey condenará como infames á todos tus parientes hasta la cuarta generación, etc.»

Por medio de estos artificios y mentiras acabó por seducir á varios de aquellos pobres jóvenes, que con los ojos bañados en lágrimas tomaron el camino de la casa paterna.

El Marqués de Tanucci se alegró tanto de este triunfo de D. Fernando, que para recompensar sus servicios le hizo subir al elevado puesto de Consejero del Rey. Pero á pesar de tales manejos y amenazas, la mayor parte de los escolares permanecieron firmes en su resolución de seguir á los Padres, y D. Fernando, sulfurado, los hizo subir en carruajes, y sin darles ningún socorro de dinero ni efectos, los dirigió á Terracina por tierra.

A su llegada fué grande su alegría, así como la de los Padres que allí encontraron, y éste mutuo consuelo les hacía olvidar las penas del destierro. Los Padres hacían repetir á estos jóvenes lo que les

había pasado en Pouzzoles, y los oyentes no se cansaban de escuchar la relación de tan rudos combates.

En la época de la expulsión la provincia de Nápoles contaba sobre seiscientos jesuitas, de los cuales fueron desterrados 272 sacerdotes, 15 escolares, 61 hermanos coadjutores y 5 novicios, porque estos cinco se industriaron para reunirse con los Padres en el destierro.

Veinticinco Padres muy ancianos y diez coadjutores fueron relegados en diferentes conventos del reino; así, el número total de los religiosos desterrados ó relegados fué de 388. El de los hermanos coadjutores, escolares y novicios que de grado ó por fuerza se secularizaron y volvieron á sus familias, se elevó por lo menos á 212.

EXPULSIÓN DE MALTA. La Corte de las Dos Sicilias no se contentó con expulsar á los jesuitas de sus Estados, sino que arrasada por la mala voluntad de sus ministros, é impelida también por las Cortes de Francia y España, los persiguió en la isla de Malta, dando orden á su feudatario el Gran Maestre de que los arrojase, y

en consecuencia Manuel Pinto promulgó un decreto en 22 de Abril de 1768 desterrándolos de la isla. El Padre Santo le reprendió por esta medida con una bondad paternal, y la respuesta que dió á Su Santidad aquel jefe de los caballeros cristianos, llena de testimonios de respeto y de sumisión, manifiesta que no tomó dicha determinación sino á su pesar y apremiado por las circunstancias.

#### § XII.—Expulsión de Parma y de Plasencia.

Aun faltaba el Ducado de Parma y de Plasencia para completar el cuadro de la Casa de Borbón, que se declaró contra los jesuitas sin saber lo que se hacía. Era el Gran Duque sobrino de Carlos III, y estaba, como su primo el Rey de Nápoles, bajo la tutela de un ministro á la moda, Dutillet, Marqués de Felino, agente de la secta filosófica.

Con tal elemento, con el ejemplo de otras naciones, y probablemente también con el impulso de los Ministros de ellas, no era posible que la Compañía de Jesús